

## “DIOS ME MANDA... MIS COLEGAS ME QUITAN”

A no ser por la delicada y explosiva situación por la cual atraviesa Centroamérica, el último “golpe de Estado” acaecido en Guatemala el 8 de agosto del presente año, bien hubiera podido parecer una escena sacada de algún libro del escritor guatemalteco, Miguel Angel Asturias. Lamentablemente, no estamos leyendo una novela sino viviendo plenamente el año de 1983, en el cual la región no sólo enfrenta la peor crisis socio-política de su historia sino también la creciente intervención norteamericana, resultante de la decisión de la Administración Reagan de convertir a estos países en la principal “trinchera” para detener el avance del “comunismo internacional”.

Por esto el cambio del general Efraín Ríos Montt por su homólogo, el general Oscar Humberto Mejía Víctores, hay que tratar de entenderlo enmarcándolo dentro de la compleja situación política de la zona. Ciertamente, más que la reconciliación entre el Estado y la Iglesia católica (fricción creada por ser Ríos Montt, y varios de sus más allegados colaboradores, miembros de la secta religiosa del “verbo”), el golpe parece sugerir no sólo la recomposición y reacomodo de los sectores militares tradicionales en la cúpula del poder, sino también la consolidación política y militar del llamado triángulo norte de Centroamérica destinado a apoyar la política de Estados Unidos hacia la región, tanto para aislar a Nicaragua como para enfrentar las respectivas insurgencias en Guatemala, Honduras y, sobre todo, en El Salvador.

El general Mejía Víctores, quien al tomar posesión de su cargo prometiera —como es ya costumbre en estos casos— defender “el honor,

el nacionalismo y la democracia”, es conocido no sólo por sus dotes de paracaidista, sino también por su abierta postura anti-comunista y poca tolerancia al tema de los “derechos humanos”. Aunque no se tenga por el momento información alguna sobre su participación directa en actos violatorios de los derechos humanos, debe recordarse que el año pasado, siendo ministro de la defensa de Ríos Montt, Mejía Víctores provocó el rompimiento de las conversaciones que tenían al Congreso de los Estados Unidos y el gobierno de Guatemala, al acusar al presidente del subcomité para programas en el exterior, Clarence Long, de ser un “inquisidor” y “miembro de la guerrilla”. Además, el general Mejía Víctores ha confesado orgullosamente haber sido el único militar que se opuso a la autorización de la publicación de un manifiesto de la guerrilla guatemalteca en los principales rotativos del país como condición para la liberación del hijo del entonces ministro de gobernación, coronel Ricardo Méndez Ruiz.

No es de extrañarse, pues, que esta línea dura que lo ha caracterizado en casi 30 años de servicio militar, haya sido ratificada por el propio Mejía Víctores en sus primeras declaraciones dadas como nuevo jefe de Estado, al decir que no tenía ninguna intención de dialogar con la guerrilla “ya que la estamos combatiendo y, además, el que negocia pierde”, agregando que su gobierno lucharía por todos los medios posibles para “erradicar la subversión marxista leninista”. Así dejaba bien claro sus intenciones de que si el país retorna a “la institucionalidad democrática”, ésta sería excluyente y que el peso de la política oficial seguiría siendo mayor énfasis en la estrategia contra-insurgente.



Sin embargo, este desplante de fuerza no nos explica el por qué del cambio. Ciertamente, el "hermano Efraín" no se caracterizó en los 16 meses que estuvo en el poder por su "respeto" a los derechos humanos y tolerancia política. Su régimen fue duramente condenado por la sistemática matanza de indígenas en el altiplano guatemalteco y por la instauración de los famosos tribunales de fuero especial. Si su récord era tan brillante, ¿por qué el recambio?

Observadores políticos guatemaltecos parecen coincidir en que en el recambio de generales (un pastor por un paracaidista) se conjugaron cuatro poderosas y distintas voluntades y razones (**Inforpress Centroamericana**, No. 555).

— La primera parece ser la oposición de poderosos sectores comerciales a los intentos de modernización de las estructuras del Estado mediante la imposición de la reforma tributaria (Impuesto al Valor Agregado - IVA) que tratara de impulsar el gobierno de Ríos Montt un mes antes de su caída;

— La segunda razón parece ser la aprobación por parte del Consejo de Gobierno, en su sesión del día 3 de agosto de 1983 (cinco días antes del golpe), del "Programa de Emergencia para el Problema Agrario", en el cual se planteaba la necesidad de enfrentar el "delicado" problema de la tenencia de la tierra. La sola idea de que el gobierno de Ríos Montt pudiera agitar la bande-

ra de una posible transformación de las obsoletas estructuras agrarias, hizo que los sectores tradicionales agro-exportadores, quienes hasta ese momento habían apoyado el paquete de reformas tributarias, le voltearan la espalda y confabularan en su contra;

— La tercera razón parece ser la idea generalizada al interior de la alta oficialidad guatemalteca de que la única manera de salvar la institución armada era sustrayendo al "cuerpo del ejército" de las disputas partidistas y gremiales que se habían suscitado a raíz de las negativas de Ríos Montt en adelantar y fijar un calendario electoral, así como el hecho de que se había pronunciado duramente en contra de los partidos políticos tradicionales establecidos y había permitido la construcción de nuevos partidos políticos. Luego del golpe, varios consejeros de Estado de Ríos Montt expresaron que "paulatinamente estaban regresando a ocupar posiciones políticas, ejerciendo presiones inadmisibles, los grupos que en el pasado habían preparado la corrupción, los fraudes electorales y las más delictivas acciones en el manejo de los fondos públicos" (**Inforpress Centroamericana**, No. 558);

— La cuarta razón, y la de mayor peso, parece ser la inconformidad por parte de la Administración Reagan, y especialmente del grupo neo-conservador que apoya al presidente en su política para Centroamérica (Clark,

Kirkpatrick), por la relativa autonomía que mantuvo Ríos Montt frente a la política de Estados Unidos hacia la región. Ríos Montt se negó a participar abiertamente en la campaña anti-sandinista y mantuvo al ejército guatemalteco estrictamente dentro de los marcos de la contrainsurgencia nacional.

No obstante que voceros de la Administración Reagan han negado todo tipo de participación en el golpe de Estado, el general Mejía Vítores se reunió con los ministros de defensa de El Salvador y Honduras, y con el jefe del comando sur del ejército de Estados Unidos a bordo del barco **Ranger**, exactamente 24 horas antes de los sucesos que depusieron a Ríos Montt. Además, en momentos en que se producía el golpe, reporteros de la televisión guatemalteca captaron la presencia del agregado militar de la embajada de Estados Unidos en Guatemala, aparentemente mediando entre las partes en pugna y buscándole una salida que no atentara contra los intereses regionales norteamericanos.

Las primeras declaraciones de Mejía Vítores conforman que el recambio también significa una nueva orientación del factor guatemalteco en la crítica situación regional. "Contadora no tiene nada que hacer en Centroamérica" y "los Estados Unidos es el mejor aliado para luchar contra la subversión", señalan que el "sueño dorado" de los estrategas norteamericanos, la reactivación del CONDECA, no está lejos de poderse plasmar.

El derrocamiento de Ríos Montt, ciertamente, fue alentado por la Administración Reagan como parte de su nueva política militar y de la escalada que se lleva a cabo para neutralizar y



derrotar a la guerrilla salvadoreña y desestabilizar e incluso tumbar por la fuerza al actual gobierno sandinista. Para la Casa Blanca es preferible un hombre claro, sin los "altos y bajos" del "predicador y pastor", quien con su estridente personalidad no se sometía del todo a la estrategia y táctica norteamericana en la región. Aunque todavía no se han dado abiertas manifestaciones de cooperación entre los ejércitos del triángulo norte, todo parece apuntar a que la alineación de Mejía Vítores dentro esquema norteamericano también tendrá sus repercusiones al interior de la sociedad guatemalteca y de su ejército, así como tenderá a agravar la posibilidad de la regionalización total de la guerra.

D.T.